

hombro, me dijo: — ¡Oh, amigo! Si ya ustedes tenían hecho su enjuague, hemos gastado en vano la saliva. Vamos, no hay muchacha tonta para su conveniencia. Apruebo su elección; todo está corriente por nuestra parte; pero si lo ha pensado usted bien, apresure el paso, que no es muy seguro que dos que se aman, aunque sea con fines lícitos, vivan por mucho tiempo desunidos bajo de un mismo techo.

Entendí el fundado y cristiano escrúpulo de mi suegro, y encargándole el cuidado de la tienda y del mesón, mandé en aquel momento ensillar mi caballo y marché para México.

Luego que llegué, conté á mi amo todo el pasaje, dándole parte de mis designios, los que aprobó tan de buena gana que se me ofreció para padrino. A Pelayo, como á mi confesor y como á mi amigo, le avisé también de mis intenciones, y en prueba de certeza le acordaron, interesó que respetos, y en el término de ocho días sacó mis licencias bien despatchadas del procuratorio.

En este tiempo visité á mi ama, al chino, y al padre Aguilera, á don Pedro y á don Jacobo, convidándolos á venir para el boda. Asimismo mandé convidar á don Juan para que me acompañara, y como tenía dinero, que me prestó para el viaje, y como tenía dinero, facilité desde esta capital todo el que me necesitaba para la disposición del festejo.



... Se ratificó en nuestros dichos y se concluyó aquel acto con la más general complacencia.

Un convoy de coches salió conmigo para San Agustín de las Cuevas el día en que determiné mi casamiento. Ya Anselmo estaba en mi casa con su familia; y su esposa, que elegí para madrina, había vestido y adornado á Margarita de todo gusto, aunque no de rigurosa moda, porque era discreto y sabía que el festín había de celebrarse en el campo, y yo quería que luciera en él la inocencia y la abundancia, más bien que el lujo y la ceremonia. Según este sistema, y con mis amplias facultades, dispuso Anselmo mi recibimiento y el festejo según quiso y sin perdonar gasto. Como á las seis y media de la mañana llegué á San Agustín, y me encontré en la sala de mi casa á mi novia vestida de túnico y mantilla negra, acompañada de sus padres; á Anselmo con su esposa y familia; á Andrés con la suya, y los criados de siempre.

Luego que pasaron las primeras saluciones que prescribe la urbanidad, envió Anselmo á avisar al señor cura, quien inmediatamente fué á casa con los padres vicarios, los monacillos y todo lo necesario para darnos las manos. Se nos leyeron las amonestaciones privadas, se ratificó en nuestros dichos y se concluyó aquel acto con la más general complacencia.

Al instante pasamos á la iglesia á recibir las bendiciones nupciales y á jurarnos de nuevo nuestro constante amor al pie de los altares.

Concluído el augusto sacrificio, nos volvimos á espe-

rar al señor cura y á los padres vicarios. Se desnudó mi esposa de aquel traje, y mientras que la madrina la vestía de boda, entré yo á la cocina para ver qué tal disposición tenía Anselmo; mas éste lo hizo todo de tal suerte, que yo, que era el dueño de la función, me sorprendía con sus rarezas.

Una de ellas fué no hallar ni lumbre en el brasero. Salí á buscarlo bien avergonzado, y le dije: — Hombre, ¿qué has hecho, por Dios? ¡Tanta gente de mi estimación en casa y no haber á estas horas ni prevención de almuerzo! ¿No te escribí que no te pararas en dinero para gastar cuanto se ofreciera? ¡Voto á mis penas! ¡Qué vergüenza me vas á hacer pasar, Anselmo! Si lo sé no me valgo de tí seguramente.

— ¡Pues cómo ha de ser, hijo! Ya sucedió, me respondió con mucha flema; pero no te apures, yo tengo una familia que me estima en este pueblo, y allá nos vamos á almorzar todos, luego que lleguen el señor cura y los vicarios.

— Esa es peor tontera é impolítica que todo, le dije; ¿no consideras que cómo nos hemos de ir á encajar de repente más de veinte personas á una casa, donde tal vez no tendré yo el más mínimo conocimiento? Y luego á almorzar y sin haberles avisado.

— Como de esas imprudencias se ven todos los días en el mundo, decía Anselmo, en los casos apurados

es menester ser algo sinvergüenzas para no pasarlo tan mal.

Renegaba yo de Anselmo y de su flema, cuando nos llamaron diciéndonos que ya estaban en casa los padres.

Salí á cumplimentarlos bien amostazado, y me hallé con mi esposa transformada de cortesana en pastora de la Arcadia; porque la madrina la vistió con un túnico de muy fina muselina bordada de oro, le puso zapatos de lama del mismo metal y le atravesó una banda de seda azul celeste con franjas de oro. Tenía el pelo suelto sobre la espalda y recogido en la cabeza con un lazo bordado, y cubierta con un sombrerillo de raso también azul con garzotas blancas.

Este sencillo traje me sorprendió también, y me serenó algo la cólera que me había dado el descuidado de Anselmo; porque como mi novia era hermosa y tan niña, me parecía con aquel vestido una ninfa de las que pintan los poetas. A todos les pareció lo mismo y la celebraban á porfía.

Cuando Anselmo me vió un poco sereno, dijo: — Vámonos, señores, que ya es tarde. — Salieron todos y yo con ellos al lado de mi esposa, pensando con qué pito iría á salir el socarrón de Anselmo; pero ¡cuál fué mi gusto cuando llegando á una gran casa de campo, que era de un conde rico, fuí mirando lo que no esperaba!

No quiso Anselmo que nos dilatáramos en ver la casa, sino que nos llevó en derechura á la huerta, que era muy hermosa y muy bien cultivada.

Al momento que entramos en ella salió á recibirnos una porción de jovencitas muy graciosas, como de doce á trece años, las que, vestidas con sencillez y gallardía, teniendo todas ramos de flores en las manos, formaban unas contradanzas muy vistosas al compás de dos famosos golpes de música de viento y de cuerda que para el caso estaban prevenidos.

Esta alegre comitiva nos condujo al centro de la huerta, en el que había colocadas, con harta simetría, muchas sillas decentes, y asimismo el suelo estaba entapizado con alfombras.

Se gozaba del aire fresco sin que los rayos del sol incomodaran para nada, porque pendientes de los árboles estaban varios pabellones de damascos encarnados, amarillos y blancos, que daban sombra y hermosura á aquel lugar en que se respiraban las delicias más puras é inocentes.

Pasado un corto rato, salieron de un lado de la huerta porción de criadas y criados muy aseados, y tendiendo sobre las alfombras los manteles, nos sentamos á la redonda y se nos sirvió un almuerzo bastante limpio, abundante y sazonado, durante el cual nos divirtió la música con sus cadencias y las mucha-

chas con la suavidad de sus voces con que cantaron muchos discretos epitalamios á mi esposa.

Acabado el almuerzo nos fuímos á pasear por la huerta hasta que fué hora de comer, lo que también se hizo allí por gusto de todos.

A las siete de la noche se sirvió un buen refresco; hubo un rato de baile hasta las doce, hora en que se dió la cena, y concluída nos recogimos todos muy contentos.

Al día siguiente se despidieron los señores convidados, dejándome mil expresiones de afecto y ofreciéndose con el mismo á mi disposición y de mi esposa. Mi padrino, que saben ustedes que fué mi amo, entendido de que Anselmo había corrido con el gasto general de la función, le pidió la cuenta para pagarla, deseando hacerme algún obsequio; pero se admiró demasiado cuando, esperando hallar una suma de seiscientos ó más pesos, según la abundancia y magnificencia de la fiesta, encontró que todo ello no había pasado de doscientos.

Apenas lo creía; pero Anselmo le aseguró que no era más, y le decía:— Señor, no son los festejos más lucidos los que cuestan más dinero, sino los que se hacen con más orden, y como la mejor disposición no es incompatible con la mayor economía, es claro que puede hacerse una función muy solemne sin desperdi-

cios, que son en los que no se repara y los que hacen las funciones más costosas sin hacerlas más espléndidas.

—Es mucha verdad, dijo mi amo, y supuesto que el gasto es tan corto, que lo laste mi ahijado, que yo me reservo para mejor ocasión el hacerle su obsequio á mi ahijadita. — Diciendo esto, se fué á México, Anselmo á su destino y yo á mi tienda.

Con el mayor consuelo y satisfacción vivía en mi nuevo estado, en la amable compañía de mi esposa y sus padres, á quienes amaba con aumento y era correspondido de todos con el mismo.

Ya mi esposa os había dado á luz, queridos hijos míos, y fuisteis el nudo de nuestro amor, las delicias de vuestros abuelos y los más dignos objetos de mi atención; ya contabas tú, Juanita, dos años de edad, y tú, Carlos, uno, cuando vuestros abuelos pagaron el tributo debido á la naturaleza, llevándose pocos meses de diferencia en el viaje uno al otro.

Ambos murieron con aquella resignación y tranquilidad con que mueren los justos. Les dí sepultura y honré sus funerales según mis proporciones. Vuestra madre quedó inconsolable con tal pérdida, y necesitó valerse de todas las consideraciones con que nos alivia en tales lances la religión católica, que puede ministrar auxilios sólidos á los verdaderos dolientes.

Pasado este cruel invierno, todo ha sido primavera, viviendo juntos vuestra madre, yo y vosotros, y disfrutando de una paz y de unos placeres inocentes en una medianía honrada, que, sin abastecerme para superfluidades, me ha dado todo lo necesario para no desear la suerte de los señores ricos y potentados.

Vuestro padrino fué mi amo, quien mientras vivió os quiso mucho, y en su muerte os confirmó su cariño con una acción nada común, que sabréis en el capítulo que sigue.

